18 FEB. 1974

editorial

CUARESMA Y RECONCILIACION

Entre los diversos ciclos litúrgicos aparece siempre la Cuaresma como el tiempo privilegiado de la Reconciliación. Por otra parte, este año de 1974 hallamos dos coincidencias que potencian la realidad cristiana de la celebración cuaresmal: el Año Santo de la Reconciliación y la publicación del nuevo Ritual de la Penitencia, virtud y sacramento, en su edición oficial latina.

Necesitamos tomar en serio este Año Santo de la Reconciliación cristiana con Dios y con la Iglesia, vale decir, con todos nuestros hermanos. En nuestras vidas se extiende el pecado, que todo lo mancha, corrompiendo la belleza y la existencia. Precisamos establecer una inteligente armonía en nuestra vida. Una aceptación profunda de nosotros mismos, de nuestra vocación o carisma, de nuestros compromisos. Necesitamos más equilibrio en el cuerpo y en el espíritu.

Hablamos de una reconciliación cristiana y teológica. Es decir, la reconciliación que proviene de Dios. «Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, reconciliados ya, seremos salvados en su vida» (Rom 5, 10). Pero no hay reconciliación sin conversión. Por eso, necesitamos fe en la redención pascual del Señor y fe en las consecuencias del pecado. Este es, por la gracia de Dios, nuestro ministerio: «Somos, pues, embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os rogamus: reconciliaos con Dios» (2 Cor 5, 20).

Va a comenzar el santo tiempo de Cuaresma, cuando se nos alerta para no recibir en vano la gracia del Señor (cf. II Cor 6, 1). Ha llegado la Cuaresma con su mensaje de penitencia. «La penitencia del tiempo cuaresmal no debe ser sólo interna e individual, sino también externa y social» (Const. Litúrg. 110). No hay otro camino para destruir las heridas del pecado. No podemos caminar sin el consuelo del arrepentimiento y sin la medicina del sacramento. De esta manera, la tristeza del pecado se convertirá en la alegría de la reconciliación, porque la gloria de Dios es el hombre vivo o vivificado por la fe. «Y no sólo reconciliados, sino que nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por quien recibimos ahora la reconciliación» (Romanos 5, 11).

El nuevo Ritual de la Penitencia nos ofrece también tres celebraciones penitenciales para la Cuaresma. La primera, búsqueda de la conversión, está situada en el día del Miércoles de Ceniza. La segunda, dedicada a restaurar o fortalecer la gracia bautismal mediante la

penitencia, está ubicada en la tercera semana de Cuaresma. Y en la quinta semana tiene lugar la tercera celebración penitencial, en orden a una preparación que nos permita participar plenamente en el misterio pascual del Señor.

Muchas son las llamadas que estamos recibiendo para la reconciliación en este Año Santo, comenzado ya a nivel diocesano el día 10 de junio de 1973, fiesta de Pentecostés. Hemos sido convocados a la reconciliación con Dios y con la Iglesia, que debe realizarse a nivel personal y comunitario. Debemos sanear nuestras relaciones con Dios en este tiempo de un profundo humanismo, a veces absorbente. Debemos orientar las relaciones con nuestros prójimos, por encima de los programas sociológicos. Nuestras actitudes nos exigen una urgente reconciliación, y nuestras instituciones y estructuras necesitan una fidelidad mucho más dinámica y creadora de la que con frecuencia manifiestan.

Y, escribiendo desde España y para nosotros, mientras creemos en la Iglesia y anhelamos una sociedad más humana, constatamos... ¡cuántas rupturas, tensiones, desarmonías llevamos cargadas sobre nuestras espaldas! Todos somos corresponsables en la edificación de la caridad en la unidad y en la paz. Cambiemos nuestros sentimientos por los sentimientos de Cristo. Cambiemos nuestros juicios por el servicio del Señor. Cambiemos nuestra agresividad por el diálogo amistoso. Defendamos la existencia de la verdad, pero no su plena posesión integrista. Vivamos en la oscuridad ardiente y luminosa de la fe. Caminemos cargados y fortalecidos con la esperanza en la promesa. Transformemos el desierto en amor y la tierra yerma en caridad.

Un gran quehacer nos espera. Es la Cuaresma de la Reconciliación. Es una obra, un regalo del Señor. Por eso recemos todos juntos:

«Señor, Dios nuestro, Padre y amigo de los hombres: que tu Espíritu de vida y de santidad renueve lo más íntimo de nuestro corazón, uniéndonos en toda nuestra vida, a Cristo resucitado, nuestro Salvador y nuestro hermano. Perdona nuestros pecados. Confirma nuestra fe. Estimula nuestra esperanza. Aumenta nuestra caridad. Haz que vivamos, en el seguimiento de Cristo, como hijos tuyos muy queridos. Escucha, Padre bueno, la oración que el Espíritu nos ha inspirado para tu gloria y la salvación de todos los hombres. Amén».

EN ESTE NUMERO:

- DIRECTORIO DEL BAUTISMO DE NIÑOS, por P. Fernández, O. P. (página 7.)
- ORTODOXIA Y ORTOPRAXIA, por Matías Castaño (p. 13).
- MISALES DE FIELES, por L. de Echeverría (p. 21).
- NUEVAS DECLARACIONES DEL P. ARRUPE, por S. Blanco Piñán (página 32).